

# RELACIONES TRANSPACIFICAS DE AMERICA PRECOLOMBINA

Por OSVALDO F. A. MENGHIN

El poblamiento de América se efectuó en dos grandes ciclos. El más antiguo corresponde al fin del Pleistoceno y a la actualidad geológica hasta el tercer milenio a.C., el segundo comienza en este milenio, probablemente entre 3000 y 2500 años antes de nuestra era. Las teorías de Florentino Ameghino que postularon una inmensa edad del hombre americano y hasta el origen del hombre en América, nunca fueron aceptadas por la mayoría de los especialistas y están hoy en día completamente abandonadas, pero tampoco las de sus adversarios sobre un poblamiento de América muy reciente, es decir alrededor de unos 10.000 años a.C., tenían éxito. Sabemos hoy sobre la base de las modernas investigaciones geológicas y radiocarbónicas que el hombre existe por lo menos desde unos 40.000 en nuestro continente, pero puede ser mucho más.

Sin embargo, no son estos los problemas que quiero tratar aquí; mi intención es más bien exponer las modernas ideas sobre los contactos de América con el Viejo Mundo y ante todo con Asia oriental que se realizaron desde el tercer milenio a.C., época en la cual América comenzaba a superar el estado primitivo de las culturas cazadoras y desarrollaba formas de vida más progresivas: horticulturales, agrícolas, urbanas y al final imperiales. También sobre este proceso existen opiniones diversas. Un grupo de científicos defiende la teoría de que casi todos los adelantos que América hizo después del período del "salvajismo", o sea de las culturas cazadoras de tipo paleolítico, son el resultado de una evolución interna, originándose en los aportes culturales que recibió por el estrecho de Bering hasta 3000 a.C., los otros niegan rotundamente esta posibilidad y cuentan con fuertes influencias transpácificas y hasta inmigraciones por mar que cruzaron las enormes latitudes del Océano. La primera opinión predominaba durante los últimos 60 años en la ciencia norteamericana de tal manera que casi parecía la única, aunque muchos investigadores europeos

siempre quedaron escépticos. Hoy en día está decayendo, ante todo en razón de los mejores conocimientos que poseemos sobre historia y la arqueología de Asia oriental, y por otro lado porque el cuadro cronológico de la prehistoria americana ha cambiado fundamentalmente. Culturas que hasta hace 15 años se han fechado alrededor de 500 d.C., se evidencian hoy de una edad entre 1000 y 500 a.C. Es claro que estas rectificaciones cronológicas alteran completamente la base para las comparaciones de los fenómenos culturales entre los dos hemisferios.

No cabe duda que también durante el tiempo que nos interesa penetraron pueblos a Norteamérica por el estrecho de Bering, como p.ej. los Atabascos y los antepasados de los Esquimales y trajeron consigo nuevos y progresivos rasgos culturales, a veces bastante avanzados y de origen chino y japonés, pero en esta época tardía ya era muy difícil que pudieran penetrar hacia el sur y además eran adaptados a las condiciones de la vida en la zona ártica y subártica. El cultivo p.ej. faltaba completamente. Así el gran cambio cultural que se manifiesta desde el tercer milenio a.C. en América tiene que explicarse de otra manera, es decir, o por el desenvolvimiento autóctono como quiere la escuela más antigua o por intensivas conexiones con Asia oriental por el Pacífico como se ha vislumbrado desde hace mucho y en la actualidad es posible comprobar con argumentos muy fuertes.

Es de decisiva relevancia que el nuevo estado cultural de América se desarrolló en América central y en la zona andina, franja geográfica que por su enorme importancia histórico cultural se llama muchas veces América nuclear. Esta zona mira hacia el Pacífico, ante todo en su parte meridional. Es también la zona cuyos pueblos muestran los más fuertes caracteres mongólicos en América, mientras que los otros indios más al norte y al sur contienen mucha sangre de otras razas, ante todo de paleo-európidos. Este cuadro racial es solamente explicable, si fuertes inmigraciones de pueblos de raza mongólica invadieron las costas pacíficas de América. A estos fenómenos raciales corresponden los hechos culturales. Deponen en favor de la presunción de que desde el tercer milenio hasta alrededor de 1000 después de Cristo existió una íntima relación entre América y Asia por el Pacífico, aunque tal vez con ciertas interrupciones. Parece que disturbios políticos aniquilaron estas relaciones a fines del milenio pasado de manera que en el tiempo de la Conquista ya eran olvidadas. Por supuesto, se necesitan todavía muchas investigaciones detalladas y profundas para aclarar

el origen, la cronología, el contenido y los efectos de las respectivas corrientes culturales que se desparramaron sobre América durante los cuatro milenios en cuestión. No obstante ya podemos distinguir preliminarmente tres grandes fases de estos movimientos y atribuirles con mayor o menor probabilidad diversos elementos culturales.

Como ya dejamos expresado, la primera fase comienza después de los 3000 años a.C. Coincide con el tiempo antes de la formación de las altas culturas de carácter urbano, que principian alrededor de 1000 años a.C. (o ya en el segundo milenio). La segunda corresponde más o menos al milenio anterior a nuestra Era y probablemente a algunos siglos más. La tercera se extiende desde el segundo o tercer siglos de nuestra Era hasta unos quinientos años antes de la Conquista. De inmediato consideraremos sucesivamente estos tres grandes períodos, sin intentar ofrecer un tratamiento agotador de la materia.

Durante el primero llegarían a nuestro hemisferio todos aquellos rasgos culturales que son propios a las más antiguas culturas neolíticas y sus descendientes etnológicos de Asia suroriental y Melanesia y reaparecen por otro lado entre los indios de las llanuras tropicales de Suramérica (Menghin). La llamada cultura amazónica de los etnólogos no es, como suponían con anterioridad algunos investigadores, un pobre reflejo, una estribación barbarizada de las altas culturas andinas y mesoamericanas, sino que, a pesar de muchos enriquecimientos aléctonos y más recientes, representa el último residuo, la moderna expresión de las modalidades culturales de un Neolítico bastante primitivo que floreciera en el tercer y segundo milenio a.C. en muchas partes de Sud y Centroamérica. Fue superado en la zona progresista, o sea, en América nuclear, donde, por lo tanto, su existencia solamente puede ser comprobada mediante medios arqueológicos. Naturalmente, esto debería ser factible también en la cuenca amazónica. Sin embargo, lamentablemente, en ninguna parte aún se ha consagrado mucho trabajo a estas investigaciones tan importantes, indispensables para el esclarecimiento de la prehistoria americana. Recién en los años después de la segunda gran guerra se emprendieron empresas sistemáticas al respecto. Entre ellas merecen especial interés las excavaciones del malogrado Emilio Estrada en Ecuador, quien desenterró en su patria culturas neolíticas cuya edad se remonta a más de 2500 años a.C. Estos y algunos otros hallazgos nos ofrecen inapreciables fuentes sobre el patrimonio más antiguo de aquellos inmigrantes transpacíficos a los cuales América nuclear agradece la cerámica y muchos otros elementos culturales. Con-

tribuye a su reconstrucción, desde luego, también el estudio de las modernas culturas amazónicas, ante todo del material etnológico que poseemos de varias pequeñas tribus rezagadas que residen en las pendientes orientales de los Andes, pero lo mismo el cuidadoso análisis histórico cultural de los clásicos representantes de la auténtica cultura amazónica, los Aruak, Guaraní y Caribe. Esto nos capacita para separar lo original y antiguo de lo más reciente en su acervo cultural, por lo menos con cierta probabilidad.

Sobre la base de todos estos indicios podemos contar con que los inmigrantes neolíticos introdujeron el cultivo en forma de la horticultura, típica para los agricultores más primitivos de Indonesia y Melanesia, dedicándose a la producción de tubérculos y raíces nutritivas, pero también de algunos cereales y otras plantas. Asia oriental ya conocía el arroz desde por lo menos el tercer milenio, el cual en América fué sustituido por el maíz. Las fechas radiocarbónicas nos aseguran que el maíz ya era cultivado varios milenios a. C., posiblemente primero en Méjico, y ya antes de la llegada de las corrientes neolíticas. Junto con los porotos, ciertas especies de zapallos y algunas otras plantas cultivadas, parecen productos de un primitivo cultivo preneolítico que, sin embargo, también tendría sus raíces en el Viejo Mundo.

Sea eso como fuera, seguro es que el maíz se incorporó en el complejo horticultural y bastante temprano, pues aparece en Perú ya durante el segundo milenio. Por de pronto, no es posible decidir si la formación del labrantío en terrazas o andenes y la irrigación, tan comunes en Asia suroriental y América, llegaron en este período a nuestro continente o algo más tarde, en conexión con aquellas corrientes que causaron el desarrollo de las altas culturas, de todos modos parece un don de Asia. Tampoco podemos decir mucho sobre la forma de los poblados, pero es aceptable la presunción de que las casas construídas en lagunas y a orillas de ríos, sobre andamios de palos, los llamados palafitos, pertenecen a las dádivas transpacíficas. Su ocurrencia se combina en todas partes, también en Europa, con la aparición de una característica especie de hachas pulidas de sección más o menos redondeada y contorno foliáceo, por lo cual se las llama cilíndricas o petaloides. Son típicas para las culturas amazónicas. Otras hachas pulidas con dos prominencias en su parte superior se hallan en las más antiguas capas neolíticas de Ecuador y más tarde en muchas otras regiones de Suramérica; tienen sus paralelos asiáticos como también las hachas

de hombros, en general groseramente retocadas, que conocemos de Perú; representan una forma bastante antigua aunque no las podemos fechar exactamente. Simultáneamente con todas estas cosas se presenta otra creación de primerísima importancia, la alfarería. La cerámica llegó parece a nuestro hemisferio por dos caminos: primero por el Pacífico, y más tarde también por el estrecho de Bering; las dos áreas de difusión se tocaron al final en Norteamérica. Las excavaciones de Emilio Estrada en Ecuador comprueban que la más antigua cerámica de este país se remonta a por lo menos 2500 años a.C. y muestra una sorprendente semejanza con la industria alfarera japonesa de la misma época. No cabe duda de que encontraremos también en Méjico y Perú productos cerámicos más antiguos que los que conocemos hasta la fecha, pues estos últimos muestran un tan alto estado de evolución y tanta matización regional que presuponen inevitablemente un largo desarrollo anterior. Probablemente descubriremos algún día también en las llanuras amazónicas cerámicas de la misma alta edad que las del Ecuador.

El arco no fue utilizado en los tiempos preneolíticos de América. En su lugar se sirvió de otro instrumento para arrojar las flechas, es decir, del propulsor, que se llama también tiradera o estólica. Es posible que el arco aparezca primero en la zona subártica, introducida por los inmigrantes siberianos. Sin embargo, el arco suramericano tiene otro origen y está emparentado con el arco melanesio que es un simple palo elástico, de perfil más o menos chato. El arco compuesto y reflejo de tipo ártico falta completamente en el sur. Podemos suponer que el arco chato llegó muy temprano a Ecuador y los países limítrofes, de donde se difundió a todos lados de manera que en el tiempo de la Conquista parece omnipresente, aunque existían algunos pueblos que no lo conocían como los habitantes de la isla de Jamaica, los Pehuenches, de la Argentina y los indios canoeros de la zona magallánica. Otra arma que es un bien común de Indonesia, Melanesia y Amazonas, es la cerbatana, o sea el tubo que sirve para arrojar flechas envenenadas; pertenecería también a la más antigua oleada cultural que tocó Suramérica.

Lo mismo valdría para uno de los más hermosos y característicos productos de estas culturas: los géneros fabricados de cortezas de árboles junto con los típicos instrumentos para su confección. Un modesto representante de esta manufactura —que parece ser el más antiguo que conocemos en el mundo— se halló en Huaca-Prieta, ya-

cimiento precerámico del tercer milenio a.C., situado en el norte de Perú. No podemos afirmar si su ocurrencia se debe a influencias neolíticas (como cree Canals Frau), o si se trata más bien de un precursor. Casi es seguro que los principios de la tejeduría llegaron a América en este tiempo. Los cazadores conocen solamente la cestería y fabrican sus vestidos de pieles y los hilos de tendones. Tejer es una artesanía que en todo el mundo aparece en el Neolítico, es decir, en conexión con el cultivo y la ganadería. La ganadería nunca tuvo mucha importancia en América precolombina, aunque es muy antigua, pues la llama ya se encuentra en un yacimiento peruano de alrededor de 1500 a.C.; su domesticación también sería el efecto de sugerencias asiáticas. La costumbre de fumar no es una invención americana como muchos suponen en virtud del indudable origen americano del tabaco que se fuma hoy día. Las pipas de fumar primitivas, de morfología tubular cónica ya existían en el Neolítico de Europa. En los campamentos del Imperio Romano en Suiza se hallaron muchas pipas de forma casi moderna, es decir, angulares con horno largo. En el Oriente medieval también se fumaba y la pipa era conocida desde muy antiguo en Indonesia. Así, es muy probable que la costumbre de fumar se haya difundido en América desde el Viejo Mundo, tal vez como un rito de carácter religioso o mágico, pues entre los primitivos, el fumar no fue como ahora un placer y mero estimulante. Otro paralelo elocuente es el machacar plantas narcotizantes añadiendo caliza, como se hace tanto en Melanesia como en Suramérica. Allá es el betel, aquí la coca.

En el campo de la vida social, intelectual y religiosa son muchísimas las analogías. No queremos hablar de ciertas instituciones que se refieren a los sistemas del parentesco —como el matriarcado— por las dificultades que ofrece el estudio de su origen y su dispersión. Mencionaremos solamente algunos ejemplos que se refieren al arte, a la magia y a la religión. Son prácticamente idénticos ciertos motivos laberínticos de América con correspondientes del arte rupestre del Viejo Mundo (Menghin). Un caso contundente es la *couvade* o el *puerperio masculino*, curiosa costumbre que se caracteriza por el hecho que “después del nacimiento de un niño el padre ocupa la cama en el lugar o al lado de la mujer, a menudo imitando las contorsiones y lamentos de la parturienta, fingiendo enojo, recibiendo felicitaciones y a veces protegiendo su cuerpo con esteras o pieles” (Carlucci), observando, además, ciertos tabús contra alimentos y actividades. Para nues-

tros fines no es menester entrar en el difícil problema de la interpretación de la couvade; es suficiente subrayar que la difusión casi universal de tan extraño hábito no es explicable como invención espontánea en varios lugares. Muy atinadamente dice un autor francés (Maurel): "Los grupos humanos más diversos han podido, sin tener comunicaciones, llegar a vestirse, a fabricar sus viviendas y sus armas, pero ¿de qué necesidad habría derivado la couvade?" Con estas palabras quiso expresar la convicción del origen único del puerperio masculino en todo el globo. Es frecuentísimo, precisamente, en las primitivas culturas agrícolas de tipo amazónico y de Asia suroriental, de lo cual deriva un testimonio de capital importancia para las conexiones transpacíficas.

Hay infinidad de otros ritos mágicos, creencias religiosas y mitos que florecen en los dos lados del Pacífico y siempre en el conjunto de culturas agrícolas de idéntico nivel. Citaremos solamente algunos de los más indicativos. El canibalismo mágico-ritual en sus variadas formas, cuyos vestigios aún se conservan entre culturas muy progresistas de Surasia y de América, tenía enorme importancia entre los cultivadores más primitivos de estas regiones. Lo mismo sucede con la curiosa caza de cabezas y en el de matar hombres utilizando su carne o su sangre para hacer productivos los labrantíos, mediante sus fuerzas mágicas (Jensen). El trofeo de cráneos, tan frecuentemente documentado en la arqueología americana, pertenece al mismo conjunto de costumbres; por otra parte es completamente ajeno a los cazadores superiores e inferiores. Los Tehuelches históricos de Patagonia, por ejemplo, los relativamente más puros representantes de cazadores superiores de América que se habían mantenido durante el transcurso de milenios, nada sabían de canibalismo, de sacrificios humanos, de caza de cráneos y de trofeos de ellos, de instrumentos musicales fabricados con huesos humanos, o cosas semejantes tan comunes en las culturas agrícolas. ¿Cómo es posible creer que estos ritos y hábitos tan idénticos pudieron haber evolucionado aisladamente en ambos lados del Pacífico? Es imposible. Pero también lo es que se difundieran por el estrecho de Bering, pues faltan o son muy insignificantes cuanto más nos alejamos hacia el norte. Se ve claramente que irradiaron desde el sur, desde los trópicos. Traemos un último ejemplo: la figura de la gran diosa de la tierra, venerada en todas las culturas agrícolas del Neolítico del hemisferio oriental desde el Atlántico hasta el Pacífico. En América su culto se evidencia por las estatuillas femeninas, que aparecen en el más temprano Neolítico de Ecuador y también en el Preclásico más

antiguo de Méjico, es decir desde unos 1500 años a.C. Aunque estas esculturas ostentan un definido sabor americano, es difícil negar su pertenencia al gran grupo de la gran Diosa-Madre y con eso su origen asiático.

Si contemplamos ahora la segunda época, hollamos un suelo que nos ofrece conocimientos aún más concretos y permite perspectivas histórico culturales y etnohistóricas de gran envergadura. Los estudios respectivos los debemos principalmente a Roberto Heine-Geldern. Por las fuentes históricas chinas, sabemos que alrededor de 800 años a.C. se libraron violentas luchas en las fronteras occidentales del país, causadas por una migración de pueblos que irrumpió desde la zona norte del Mar Negro y los países colindantes, ante todo del Cáucaso. Sus portadores pertenecían a muy distintas entidades étnicas, entre ellas también indoeuropeas. Participaron probablemente los Tocarios pueblo indoeuropeo cuya existencia recién se nos reveló hace unos decenios por el hallazgo de manuscritos en su lengua, en la cuenca del Tarim; otro grupo importante de invasores serían tribus escitas, o sea Iranios septentrionales. En el año 771 a.C. uno de estos pueblos conquistó la residencia occidental del reino de Chou y ocupó la zona. El resultado fue la afluencia de muchos elementos culturales procedentes del Cáucaso y de Europa oriental, que no se limitó a las regiones del Hoangho y Jangtsekiang, sino que penetró —y con mucha fuerza— hasta China meridional y el norte de Indochina. En la parte septentrional de Indochina se formó alrededor de 500 a.C. una gran cultura cuyo nombre se tomó de un importante yacimiento en el norte de Annam, llamado Dongson. Esta cultura influenció a su vez sobre el sur de Indochina, Indonesia y Melanesia.

Es de gran interés para el conjunto de nuestras exposiciones, que en el tiempo entre 700 a.C. hasta 200 d.C. en toda la faja de territorio ubicado entre Perú y Méjico existían una serie de productos industriales de asombrosa semejanza con formas caucásicas y de Europa oriental. Este fenómeno ya había llamado la atención de algunos investigadores perspicaces del siglo pasado, como el famoso Rodolfo Virchow; no obstante, quedó sin explicar mientras se pensó en el aislamiento cultural de América. Si descartamos esta idea fija, se abre un grandioso cuadro de las relaciones entre las altas culturas de ambos hemisferios. Las influencias y sugerencias partieron primero de las entidades políticas que florecían en las costas de China meridional. Después de la destrucción de las mismas fue la cultura de Dongson la fuente de estas

corrientes que fecundaron América de las más variadas formas. Se puede decir que la evolución de las altas culturas americanas se funda en estas corrientes asiáticas, cuyas vinculaciones occidentales explican a la vez ciertas curiosas coincidencias entre América y Europa oriental. Son tantas, que la idea de analogías casuales no puede sostenerse. De otra parte, tampoco puede pensarse en un desarrollo paralelo sobre la base de la demasiado invocada identidad psicológica de todos los hombres, pues ésta difícilmente puede extenderse a detalles de invenciones técnicas y particularidades decorativas.

La más antigua alta cultura sudamericana que merece esta denominación es la de Chavín en Perú, que ya florecía alrededor de 700 a. C. y poseía un carácter expresadamente jerárquico-religioso. Esto se deduce de sus monumentales construcciones al servicio del culto. Lucen ornamentos muy complicados que los observadores no especializados calificarán sin más como de origen chino. Hasta hay vasos completos que repiten formas chinas. También tropezamos en Méjico con fenómenos similares en la última fase de la cultura preclásica, es decir, en la segunda mitad del último milenio a. C.; también aquí se construyeron grandes templos, y ya con anterioridad aparece el trípode, típica forma de vaso en China desde tiempos muy antiguos. La alta cultura aparece casi espontáneamente, ante todo en Perú, sin precursores milenarios como en Mesopotamia y en Egipto. Desde un principio se dominan técnicas difíciles, como la construcción en piedras y la sillería. La cultura de Chavín conoce una clase muy desarrollada de tejeduría; en los vasos mochicas vemos pinturas de telares de la misma morfología que los utilizados en Asia suroriental.

Es notable el número de instrumentos, armas y objetos de atavío e invenciones técnicas comunes a las culturas de Dongson y del Perú. Se hallan hachas, alfileres, brazaletes, hebillas para cinturones, espejos, etc. casi idénticos. Hasta se debe suponer que la técnica metalúrgica en general es un don de Asia a América. Si un procedimiento tan difícil como la fundición en molde perdido se halla en ambos lados del Pacífico, no puede haber sido inventado dos veces. En realidad, esta técnica era conocida en la cultura de Dongson lo mismo que en la Gallinazo en Perú, la que se fecha alrededor de 400 años a. C. Es la primera cultura sudamericana perita en la producción y fundición del cobre, mientras que ya se encuentran objetos de oro en la cultura de Chavín. También la técnica de la granulación del oro, arte que ejercían los Mochicas, solamente puede derivarse de Asia. Una curiosísima costumbre que

probablemente se origina en la cultura de Dongson y se encuentra difundida en Ecuador, es la decoración de los dientes mediante incrustaciones de oro. Todavía es muy apreciada en Indonesia en tres distintas formas, todas aplicadas también en los tiempos precolombinos de Ecuador. Este hecho hace improbable que pudiera ser inventada independientemente en los dos lados del Pacífico. En Ecuador aparecen además la casa con techo naviforme, tan característica para muchas regiones surestasiáticas y, según Vrocklage, también una creación de la cultura de Dongson, así como otros elementos que se hallan en ciertas zonas del este asiático, como el apoyanucas y la urna funeraria múltiple. Tan numerosas y específicas son las coincidencias entre Ecuador y Asia oriental, que Estrada postula un desembarco de un pequeño grupo de inmigrantes exclusivamente en Ecuador.

Otros rasgos culturales transpacíficos que pertenecen a esta oleada y se difundieron en muchas partes son la flauta de Pan, los instrumentos ocarinoides, la balsa a vela con tablas de quilla (guares) y una forma especial del palo para cavar, la *coa* de los mexicanos, con ensanchamiento lateral en la punta.

El traslado de todos estos bienes no es explicable como algunos pretenden, por desembarcos meramente fortuitos desde naves arrojadas a las costas, sino solamente por la existencia de conexiones marinas bastante sólidas, tal vez regulares. Se puede pensar en una clase de vikingos o atrevidos comerciantes que presumiblemente ya en aquel tiempo conocían la riqueza aurífera de Sudamérica y la explotaron de cualquier manera. No es imposible que ciertos grupos se quedaran en el país y se apropiaran del poder, sea por su influencia y prevalencia cultural, sea mediante el uso de la fuerza. La repentina ocurrencia de centros religiosos en Perú y en Méjico indica de todos modos el nacimiento de poderes políticos, cuya creación difícilmente puede imaginarse sin la intervención de acontecimientos extraordinarios como habrán sido la llegada de extranjeros de poderosa fuerza civilizadora. En este conjunto merecen mención especial los sistemas calendarios mesoamericanos, que a pesar de su complejidad coinciden de manera asombrosa con los de China e Indonesia. Debe excluirse completamente que coincidencias tan extraordinarias se deban al azar; lo que solamente puede entrar en discusión es cuándo entraron en Sudamérica. Lo más probable parece ser que hayan sido trasladados conjuntamente con los otros elementos de origen chino e indochino; pero no se puede excluir que llegaron más tarde. Sería extenderse demasiado hablar

sobre otras particularidades atinentes a la vida intelectual. Solamente mencionaremos que los mitos que giran alrededor de un gran felino, en América el jaguar y de los héroes gemelos, indudablemente tienen su cuna en Asia.

Llegamos así a la tercera época, caracterizada por fuertes relaciones con el mundo cultural hindú; posiblemente afectaron en primer lugar Mesoamérica, difundándose en la región andina en forma más indirecta y atenuada. Al principio tal idea parece asombrosa, pero está fundada en argumentos bastante sólidos como mostraron Ekholm, Heine-Geldern, Imbelloni y Krickeberg. Del budismo evolucionado irradiaron fuertes movimientos religiosos hacia todos los países colindantes con la India, en primer lugar a Indochina e Indonesia, que se empaparon del espíritu hindú, mezclando lo nuevo con sus propias tradiciones. Para nosotros este proceso se traduce especialmente en la recepción de un característico concepto del cosmos y ciertas formas del arte plástico y arquitectónico. En lo referente al primer punto se trata de un matiz especial de la llamada cosmología templaria, que forma parte de las creencias indobudistas. Conforme a este ideario, el mundo se extiende hacia los cuatro puntos cardinales, en cuyo centro se eleva el Cerro del Mundo y el Cielo, llamado Meru. El disco de la tierra se divide en cuatro cuadrantes separados por los mares. Este esquema primitivo y sencillo, ya concebido por las antiguas culturas mesopotámicas del milenio cuarto, fue elaborado y complicado por el Bramanismo y Budismo más recientes. Alrededor del cerro Meru, se hallan siete montañas circulares, cuya altura disminuye desde el interior hacia el exterior; están separadas por siete mares circulares. Más allá de la séptima y más externa montaña, se extiende el océano en el cual se encuentran los cuatro continentes en forma de islas. El círculo más interno, con el Meru como centro brillante como oro, es el hogar de los dioses; tiene forma de flor cuadrifoliada, de lotos, de la cual se eleva en varios peldaños el Cerro del Mundo y Cielo. En cada peldaño vive cierto número de dioses, alojándose los más importantes en la cumbre. Este cuadro cosmológico fue imitado en la planta de las capitales y residencias del mundo indobudista; Indochina está llena de pirámides escalonadas que simbolizan el Meru. Uno de los ejemplos más grandiosos es Angkor, la capital del reino de los Khmer, hoy día Camboya. Aquí se combina con el símbolo del cerro cósmico una avenida cruzada de cuyo centro surge la pirámide escalonada. Tenochtitlán, la que fuera capital del reino azteca, presenta exactamente el mismo plano. La

conexión genético-histórica es clara. Hay muchas otras pirámides escalonadas en Méjico, algunas de ellas con sorprendente parecido a las asiáticas. El hecho de que las sudamericanas se remonten a una edad considerablemente más antigua que las de Indochina no se opone a su origen asiático, pues solamente se trata de una cuestión de conservación: en India e Indochina existían muchas construcciones en madera que perecieron. Además, ya indicamos que los fundamentos espirituales, o sea las ideas cosmológico-religiosas aludidas, poseen una muy alta antigüedad en todo el sur de Asia. En Mesopotamia aparece la pirámide escalonada ya en el cuarto milenio; piénsese en la leyenda de la torre babilónica.

También se repiten en Mesoamérica otros elementos arquitectónicos de los templos y monasterios budistas, como las balaustradas de serpiente, las columnas con pared de fondo, medias columnas como decoración de fachadas, dioses colocados encima de figuras humanas agachadas, el Macara mítico, monstruo marino del Budismo con un ser humano en la boca, el árbol celeste con una cara de demonio en la cúspide del tronco y el friso de lotos, que a pesar de todas las diferencias estilísticas aparece, con asombroso parentesco del motivo, en Amaravati, templo de la costa suroriental de India y en Chitzén Itzá, en Yucatán.

Agreguemos que el parasol en India y Asia suroriental representa una insignia de rango real, lo mismo que entre los Mayas. En los frescos de Chaemultun, en Yucatán, vemos este distintivo en las idénticas formas que hasta la fecha existen en la India. Otro emblema de la misma distribución son los abanicos de plumas en forma de estandartes. Un eslabón muy convincente entre Asia y América es el patolli de los aztecas, juego de tablas de carácter cósmico-calendario, que en el Viejo Mundo se conoce desde las islas Filipinas hasta Siria. Sería posible aducir muchos ejemplos más en el campo de la religión, de la mitología, del arte, de la sociología y de las culturas técnica y económica. Su cantidad no permite otra explicación que la de directas conexiones entre el mundo indobudista y Sudamérica, aunque uno y otro elemento puede haber arribado con las corrientes más antiguas. Mencionaremos solamente un curioso hecho más: la aparición de una pequeña escultura de barro en Méjico representando una cabeza, que todos los conocedores juzgan como obra de arte romana (Heine-Geldern).

En el final de nuestras exposiciones parece oportuno referirnos a dos objeciones que se han alegado contra la posibilidad de inmediatos contactos transpacíficos. En primer lugar se dudaba que los pueblos

del tiempo precolombino, especialmente los neolíticos, ya poseyeran embarcaciones y los necesarios conocimientos náuticos como para poder atravesar el océano. Sin embargo, esta objeción no tiene fundamento alguno. Las corrientes marinas y los vientos favorecen considerablemente la navegación en el Pacífico. La corriente ecuatorial que se dirige hacia el este, toca la costa americana precisamente en el punto donde las condiciones biogeográficas se presentaban muy favorables para la aclimatación y la difusión de culturas que procedían de la zona tropical de Asia (Sauer). Nos referimos a las actuales repúblicas de Panamá y Colombia. También se puede pensar en la ruta que utilizaban los españoles en sus viajes entre las islas Filipinas y América, desde el siglo XVI. Aprovechando los vientos prevalentemente occidentales del norte de Hawai, navegaban hacia California y después a lo largo de la costa hacia el sur; de vuelta tomaban una ruta más meridional, favorecida por los vientos alisios. De otra parte, no debemos menospreciar la capacidad navegadora de los pueblos primitivos, incluso de los neolíticos y, por supuesto, menos de los posteriores. Sabido es que los Polinesios construían barcos más grandes y mejores que los que Colón tuvo a su disposición. También los conocimientos náuticos de los Polinesios estaban muy desarrollados. Por cierto que alrededor del año 2000 a.C. no existían aún los Polinesios como etnia y, en general, el Pacífico oriental no estaría poblado en esa época. Pero el mundo insular de Oceanía occidental es la patria de muy antiguas culturas, en parte hasta preneolíticas. Se debe aceptar que los pobladores de esta zona eran excelentes marinos ya en el tercer milenio a.C. De otra manera no habrían podido realizar los viajes a Polinesia, cuyo poblamiento —no obstante las equivocadas ideas de Heyerdahl— no se realizó desde América, sino desde el oeste. También sabían cómo volver de América. La difusión precolombina de la papa dulce de América en Oceanía, es tal vez un indicio en favor de esta suposición.

El segundo argumento principal contra la posibilidad de influencias neolíticas y más recientes del Viejo Mundo sobre nuestro continente, reside en la observación que varios de sus más importantes bienes culturales no se hallan en el hemisferio occidental. Entre ellos descuellan los cereales como el trigo y la cebada, tan antiguos en Oriente, o como el arroz, cereal clásico del sureste asiático y China desde unos 5000 años. Además, faltan en América los animales domésticos asiáticos, excepto el perro y dispositivos tan útiles como la rueda y el carro. Pero estos hechos no pueden ser considerados como decisivos si se

observa la caprichosa manera como se ha realizado la difusión de muchas invenciones, hasta en el Viejo Mundo. La rueda y el carro eran conocidos en Mesopotamia ya a fines del milenio cuarto a.C. No obstante, no llegaron al cercano Egipto antes de más o menos 1600 a.C., es decir, con un atraso de 1500 años. Por lo demás, curiosamente existen en Méjico antiguos juguetes sobre ruedas. El traslado de animales domésticos a América por el Pacífico habría sido difícil problema de transporte bajo condiciones primitivas. Pero los indios imitarían la ganadería, por lo menos en cuanto les era posible, mediante la domesticación de la llama y algunos otros animales, para no hablar del perro. Si los cereales asiáticos no pasaron al Nuevo Mundo, fue tal vez, entre otras causas, por el decisivo hecho que el maíz, los porotos, el mirasol y muchos otros vegetales cultivados desde antiguo —en partes desde tiempos preneolíticos—, ofrecían una alimentación satisfactoria. Además, es conocida la reserva con la cual los pueblos primitivos y hasta los muy desarrollados mantienen su tendencia contra innovaciones alimenticias. En general, no sería un buen método apoyar el problema de las relaciones entre ambos hemisferios sobre factores negativos en vez de los positivos. La ausencia de un elemento cultural nada comprueba, y muchas veces no es difícil explicarla; en cambio, la presencia de una enorme cantidad de avanzados rasgos culturales, tanto económicos como sociales e intelectuales, en parte muy particulares y complicados, es un argumento absolutamente seguro en favor de las relaciones íntimas a través del Pacífico. El camino por el estrecho de Bering tiene que ser descartado en la mayoría de los casos por múltiples razones, ante todo por el carácter primitivo, o sea meramente cazador, de las culturas subárticas de Norteamérica, y la evidente dirección sur-norte de la irradiación de los pertinentes bienes en América.

Por supuesto, América transformaba las dádivas y sugerencias asiáticas, tanto las más antiguas del tiempo precerámico, como las más recientes de las cultura agrícolas. Sobre su base desarrolló entidades culturales con su propio sello, aunque transparentan ciertas coincidencias con el Viejo Mundo en el carácter básico de estas nuevas unidades. Repiten esencialmente los grandes ciclos culturales del hemisferio dador. Todo eso es natural, porque la evolución cultural, vista universalmente, despliega siempre sus nuevas creaciones en virtud de tres factores fundamentales que son: primero lo antiguo, lo tradicional, lo anterior; en segundo término el ambiente natural cuyo cambio, sea causado por procesos geológicos y climáticos o por migraciones, es un

enorme estímulo de alteraciones; y en tercer lugar el hombre mismo el hombre con su incansable empuje creador, su impulso social y su libre fantasía. Así, tampoco la moderna América no es solamente la resusitación de la antigua ni la prolongación de Europa; es otra cosa es algo en camino hacia un nuevo futuro que no podemos calcular. Porque aunque tal vez podamos formular ciertas reglas de evolución, conocer ciertas analogías en el desarrollo de la cultura y hasta pronosticar ciertos acontecimientos, siempre queda un elemento incalculable: el espíritu humano, el vuelo de su libre voluntad.